

Newton Compton Editores

Los personajes y sucesos de este libro son pura ficción y están al servicio de esta. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *The Stand-In*

© 2021, Lily Chu

Publicado gracias al acuerdo con International Editors and Yáñez' Co.

© 2023, de la traducción por Xavier Beltrán Palomino

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-34-7

Código IBIC: FR

DL: B 8.168-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Sergí Godia

Impreso en septiembre de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Lily Chu

Una doble de cine

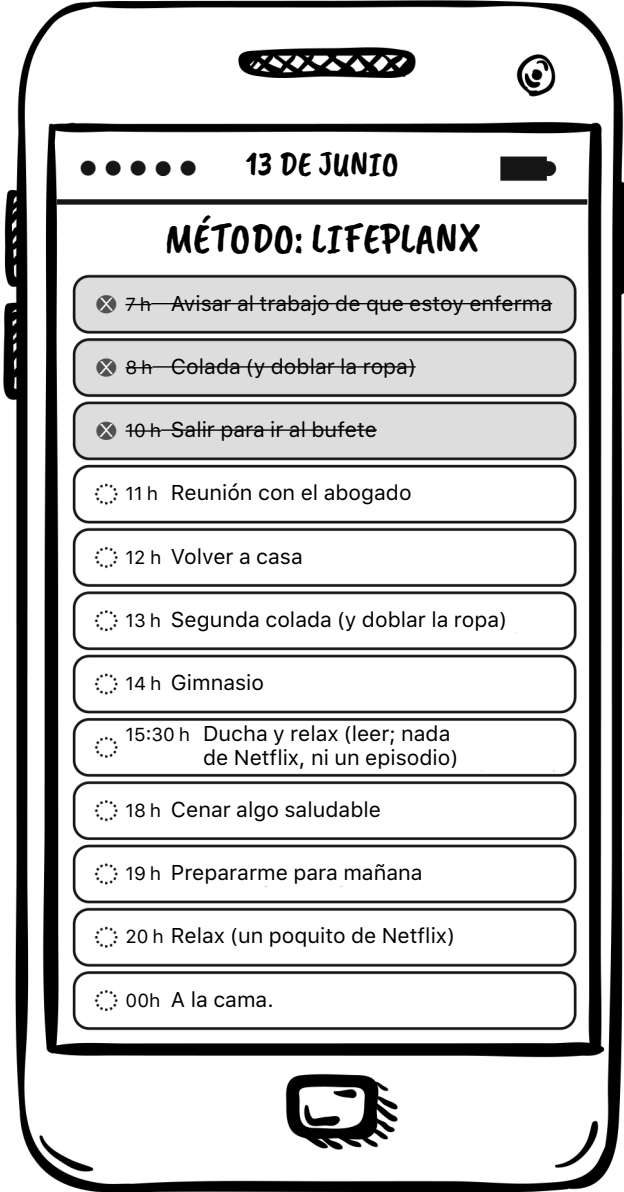
Traducción de Xavier Beltrán



Newton Compton Editores

Barcelona, 2024

Para mi tía Bernie



13 DE JUNIO



MÉTODO: LIFEPLANX

- 7h Avisar al trabajo de que estoy enferma
- 8h Colada (y doblar la ropa)
- 10h Salir para ir al bufete
- 11h Reunión con el abogado
- 12 h Volver a casa
- 13 h Segunda colada (y doblar la ropa)
- 14 h Gimnasio
- 15:30 h Ducha y relax (leer; nada de Netflix, ni un episodio)
- 18 h Cenar algo saludable
- 19 h Prepararme para mañana
- 20 h Relax (un poquito de Netflix)
- 00h A la cama.



Uno

Mi día está muy bien ordenado en mi nueva aplicación LifePlanX. Es una obra de arte, si te digo la verdad. Aquí, la vida de Gracie Reed está superbién organizada y etiquetada con colores en distintas filas, una garantía contra la indecisión y la inacción.

Esta Gracie está entera. Esta Gracie es la puta ama. Nada que ver con la verdadera y patética Gracie que acaba de salir del despacho del abogado y que enseguida empieza a lloriquear como una cobardica. «Has esperado hasta salir del despacho», me felicito. «No te has echado a llorar delante de él. Las victorias pírricas siguen siendo victorias».

Doy un golpecito a la pantalla de mi móvil para tachar de la lista «reunión con el abogado», que hace que me sienta un poquito mejor, aunque en realidad no haya cambiado nada. Pero según el último libro de autoayuda que leí, tan solo decir la palabra «hecho» se supone que provoca una oleada de esa maravillosa droga llamada dopamina, y voy a aceptar toda la satisfacción que se cruce en mi camino.

Todavía no es mediodía, así que decido ir a tomar un café, que no aparece en mi agenda y que, por tanto, está prohibido para la gente que utiliza la app LifePlanX. Su principal premisa es que todos los minutos de tu día deben estar recogidos en tareas predeterminadas sin que haya lugar para las vacilaciones ni para los añadidos de última hora. «Haz solo lo que apuntas», nos advierte su eslogan. En un intento por no salirme del camino hacia el éxito, la aplicación me manda alegres avisos de dónde debería encontrarme en momentos dados del día —donde por lo general no suelo estar—.

A la mierda. Me merezco el azúcar y la cafeína. Meto el móvil en mi bolso, me pongo una gorra de béisbol en la cabeza y me dirijo a mi cafetería favorita.

—Te veo triste, amiga. —Cheri levanta la vista cuando entro acompañada del tañido discordante de las campanitas—. ¿Lo de siempre?

Podría pedir algo especial como recompensa, quizá uno de esos *frappés* sofisticados con sabores la mar de modernos como miel salada o caramelo de salvia, pero como ya ha empezado a prepararme el café con leche, asiento antes de inclinarme hacia delante para inspeccionar la selección de *muffins*.

–También necesito algo de chocolate.

–Uy, nuestras provisiones de chocolate también andan tristes. –Arruga la nariz–. Lo siento, cielo. Loni se ha llevado el último para su hijo.

Cuando Loni ve que miro en su dirección, me lanza un saludo amistoso con la mano, así que me apresuro a intentar transformar mi involuntaria mirada fulminante en una sonrisa recíproca. No lo consigo a tiempo. La veo abrir mucho los ojos y apoyarse de forma casi inconsciente sobre su mujer como si buscara protección contra mi desproporcionada cólera *muffiniana*. Su mujer le pasa un brazo por los hombros con cariño, y de repente me siento idiota por haber pensado que una magdalena me haría sentirme mejor.

–No será para tanto –dice Cheri mientras limpia la máquina de café con una bayeta. Y al poco frunce el ceño–. Tengo que dejar de decir eso –se reprende a sí misma–. A lo mejor sí hay para tanto. Quizá te han roto el corazón. Quizá acaban de darte un diagnóstico fatídico. Quizá te han engañado o has perdido al amor de tu vida o has presenciado un accidente. –Hace una pausa como si quisiera pensar en el enorme abanico de oportunidades para la tristeza que ofrece el mundo, y luego niega con la cabeza.

No es ninguna de esas cosas, pero sigue siendo horrible. Hace treinta y ocho minutos, he echado mano de toda mi valentía y le he dado a Fred, el abogado laboralista, varios cientos de dólares para que me dijera exactamente lo que yo ya sospechaba: que no tenía ninguna prueba de que Todd, mi jefe, fuera un puto acosador sexual, y sin pruebas no había caso.

–¿Has acudido a tu departamento de Recursos Humanos? –me ha preguntado cuando le he descrito la situación.

–No. –¿Por qué iba a molestarme cuando ya sabía que no me iban a creer?

–Suele ser el primer paso. –Fred me ha mirado por encima de sus gafas–. A no ser que tengas miedo a las represalias.

–Tenía miedo. Tengo miedo.

Todd es malvado, y no me apetece arriesgarme a que su bajeza y su rencor se concentren en mí más todavía.

–¿Se lo has contado a alguien?

–No.

–Pues necesitamos pruebas. –Ha asentido–. Correos electrónicos. Grabaciones. Testigos.

–Es que es muy listo. –Me he quedado rígida en la silla, humillada por tener que contarle a una persona cómo había permitido que ese nivel de acoso me sucediera a mí. Al principio tenía tantas cosas entre manos que era más fácil limitarse a ignorar el comportamiento de Todd y decirme que no había para tanto.

–Pues tú tienes que ser más lista.

–Eso no es justo.

–No –ha convenido–. Pero así es como funciona la ley. En cuanto tengas las pruebas, lanzamos a ese capullo al paredón. ¿Puedes dimitir?

No es una opción, ahora mismo no. No puedo poner en peligro mi empleo, y hasta el momento no he conseguido encontrar otro trabajo. Suelto un largo suspiro. Definitivamente, no son problemas que se puedan solucionar con un *muffin* de chocolate.

–Me llevaré el de arándanos –le digo a Cheri dirigiendo mi atención a una decisión que sí puedo controlar. Es vegano y de avena, más para recargar energía que para darme un caprichito dulce, pero gracias al hijo egoísta de Loni es el único *muffin* que queda, a excepción del de calabaza. Que también es de avena.

Mientras mentalmente me resigno a una dosis saludable de fibra insoluble, un cegador destello de luz estalla a mi izquierda. Veo estrellas durante varios segundos, que poco a poco desaparecen para dar paso a un hombre bajito con una gabardina a lo Pantera Rosa y sombrero de fieltro.

–Sonríe, guapa.

Obedezco de forma automática con una sonrisa reflexiva que enseguida se tuerce, porque ¿a qué coño ha venido eso? Me echa otra foto, y luego un tsunami de clics me envuelven cuando su

cámara suelta chasquidos y destellos en una rápida sucesión. Entorno los ojos y levanto los brazos para poner el *muffin* delante de mi cara como protección.

Cheri le lanza la bayeta sucia al fotógrafo, quien suelta un grito de indignación cuando la tela le golpea el pecho y le cubre la gabardina de motas de café molido.

–Tú, Ansel Adams. Lárgate cagando leches de mi tienda y deja de acosar a mis clientes. Te estás pasando de la raya.

El tío abre la boca para protestar, pero ella coge con gesto amenazante una cafetera llena de café recién preparado y se inclina sobre el mostrador como si lo retara a decir algo. Con un cabreado encogimiento de hombros, el fotógrafo me lanza un beso y sale pitando.

–¿Ansel Adams? –Me giro hacia Cheri.

–No se me ha ocurrido el nombre de ningún otro fotógrafo.

–Deja la cafetera y me da el café con leche con una semisonrisa.

–Ansel Adams fotografiaba paisajes, ¿no?, no a gente.

–Como te digo, no se me ha ocurrido ningún otro. Además, mucho me críticas tú después de haber utilizado un *muffin* como escudo.

–Me ha sorprendido –me enfado.

–Claro. –A salvo en su victoria, Cheri se acaricia los rizos lilas–. ¿A qué ha venido eso? ¿Te has metido en algún escándalo?

Sumamente escéptica, miro el móvil. El único mensaje es una notificación de LifePlanX acerca de la segunda lavadora que debería haber puesto.

–No.

–Mmm. Debe de haberte confundido con otra persona. Tiene sentido... En Toronto siempre se están grabando un montón de cosas. Ay, hablando de eso, ¿te he contado que la semana pasada vi a Keanu Reeves? –Limpia el mostrador con apasionadas pasadas–. Menudo dios. Por aquí no hay nadie que esté tan bueno como él.

–Esto..., ¿Cheri? –Es Loni, que está metiendo a su criaturilla en el cochecito mientras su esposa limpia la mesa–. Mira afuera. –Y señala el exterior.

Las dos miramos por el ventanal.

–Mierda –digo–. Son dos. –El inspector Clouseau convertido en paparazi está con un colega junto a la puerta de la cafetería. Los dos llevan sendas cámaras superbuenas al cuello y gesticulan con frenesí.

–Rápido. Sal por la puerta trasera –me aconseja Cheri con un siseo.

Es una situación muy rara que no está en mi lista de tareas pendientes. Dudo y me pregunto quién diablos creen que soy antes de encaminarme hacia el pasillo y salir a escondidas mientras curiosamente me siento importante. La emoción de comportarme como una famosa dura hasta que meto los pies en un charco aceitoso que huele a pis de mapache. «Joder». Hay un poco de hierba al final del callejón, así que me dirijo hacia allí y me limpio los pies. En cuanto los dejo bastante limpios, sorbo el café con leche y decido qué hacer. He mentido en el trabajo al decirles que estoy enferma y así poder ir a ver al abogado, y eso significa que no es necesario que vaya a la oficina. Librarme de Todd el resto del día me sube el ánimo.

Abro la aplicación de LifePlanX del móvil. Según mi agenda, debo ir a casa y dedicar algo de tiempo a las tareas domésticas. Hay que planificar el día y luego seguir el plan, pero del dicho al hecho hay un trecho, como se suele decir. Y ojalá siempre fuera tan fácil.

Creo que he probado todos los sistemas habidos y por haber en el mundo que en teoría deben ayudarte a tener la vida bajo control, pero ninguno de ellos me ha funcionado. Mi última planificación en forma de diario se fue a la mierda el invierno pasado cuando finalmente acepté que la demencia de mi madre era demasiado peligrosa para ella y no podía vivir sola. Era una libreta preciosa llena de calendarios y listas dibujados a mano, que poco a poco dieron paso a páginas de nombres y números de teléfono escritos a toda prisa con diferentes colores, un microcosmos de mi amargo viaje por el sistema de atención sanitaria.

Tan pronto como mi madre se trasladó a la residencia Glen Lake, dejé a un lado esa libreta y opté por un organizador minimalista en línea que ha ganado muchos premios. Lo acabé abandonando hace cinco meses, cuando al echar un vistazo a las

últimas semanas me di cuenta por fin de que mis listas de tareas pendientes me confirmaron lo que solo había sospechado hasta el momento: que cada vez me iban asignando menos y menos proyectos personales porque se los daban a otras personas..., o a otra persona en particular. Todd, el director de *marketing*, estaba impidiendo mi crecimiento pasándole mis proyectos a su baboso protegido, Brent.

Empecé a escribir un diario como una forma de liberación y documenté con todo lujo de detalles mis sentimientos día tras día hasta que Todd me cogió del brazo durante una fiesta del trabajo y me sujetó durante demasiado tiempo, mientras con la otra mano me acariciaba la cadera. No era para tanto, ¿verdad? La sala estaba abarrotada. No era más que un error, no hacía falta montar un escándalo, así que intenté restarle importancia. Hice lo mismo la semana siguiente cuando me acorraló junto a una mesa después de que le entregase las proyecciones que acababa de imprimir, y bromeó con que tenía tan mala vista que debía inclinarse mucho. No dije nada cuando se pasó toda una reunión sin quitarme los ojos de encima y dijo que le gustaban las chicas de físico exótico.

Fue entonces cuando dejé el diario. No me apetecía para nada revivir mis días con un informe escrito.

–Basta –le digo en voz baja al móvil–. Basta.

Esa palabra nunca se la he soltado a Todd. Cuando empezó todo, me convencí de que era cosa mía, no suya; de que estaba exagerando o siendo demasiado sensible. Era demasiado tímida para hacer algo que no fuera reírme, porque no quería montar un numerito y avergonzarlo ni poner mi trabajo en peligro innecesariamente.

La decisión de ir a ver a Fred, el abogado, se me ocurrió cuando una mañana me quedé tumbada en la cama hecha un ovillo para reprimir las náuseas que me provocaron otro rechazo profesional. No era normal que llorase todas las noches hasta quedarme dormida. Debía hacer algo.

Mi móvil suena con otra notificación de LifePlanX y me despierta el instinto pavloviano de conseguir algo, lo que sea. Un mensaje aparece en mi pantalla: ¿No lo has logrado aún? Reflexiona, le dijo el coyote al oso.

¿Qué coño significa eso?

Decido que no necesito una presión adicional de un móvil que constantemente me recuerda mis propios fracasos.

–Vete a la mierda, coyote –susurro mientras pulso la diminuta «X» de la aplicación.

Sin embargo, en cuanto el icono desaparece de la pantalla, me siento perdida. No estoy orgullosa de mi dependencia de este tipo de cosas para mantener la concentración. «Es como si necesitaras un corsé para tu cerebro», me dijo Anjali, mi amiga hiperorganizada, pero es que es así. Lo admito. Me encantan las listas. Las necesito. Siento un placer visceral ante cualquier cosa que pueda tachar, marcar con un *tick* o eliminar como afirmación de que «He llevado a cabo una tarea» y, por lo tanto, soy un ser humano valioso y funcional.

Pero hasta que me descargue un nuevo y mejor creador de listas, me da la sensación de que estoy sola ante el mundo.

Me dirijo a la parada de metro más cercana y dudo unos instantes en el andén. Sin las restricciones de mi día organizado por una aplicación, puedo volver a casa y regodearme en la pena que me doy o ir a visitar a mi madre. En realidad, volver a casa no es ni siquiera una opción real, ya que mi madre tiene prioridad sobre casi todo lo demás.

Treinta minutos más tarde, he llegado a mi parada y recorro las tres manzanas que me separan de Glen Lake. Es una húmeda tarde de junio, y varias capas de sudor asqueroso y pegajoso me cubren la piel, una perfecta representación de mi estado interno (nivel: auténtica basura). Me tomo unos instantes para respirar hondo y me obligo a expulsar la energía negativa. Ver a mi madre ya es lo bastante duro para encima entrar ya alicaída.

–Tú puedes.

Me dedico una minicharla motivacional antes de pulsar el botón del interfono de la entrada principal. A fin de cuentas, no soy yo la que debe vivir allí. Solo tengo dos tareas que hacer: pagar la habitación individual de Agatha Wu Reed y aparentar alegría cuando la visito.

La puerta se abre, pero me quedo en el umbral como un vampiro a la espera de que me inviten a entrar. Una mujer anciana sale

del edificio y me aparto de su camino con una rápida disculpa, y me arrepiento de inmediato porque no tengo motivos para disculparme. Es una mala costumbre que se ha convertido en un acto reflejo automático. La sigue un hombre mayor que le coge la mano y se la lleva al pecho con mucho cariño. Intento reprimir la mirada hambrienta que sé que irradian mis ojos al observar los dedos entrelazados de los dos, porque nadie quiere mostrarles a los demás lo solo que se siente.

Tampoco es que me pase todo el día sintiéndome sola ni buscando a mi príncipe azul, pero a veces hay una parte de mí –quizá el veinte por ciento– que desea tantísimo esa clase de conexión que duele y todo. El otro ochenta por ciento es más sensible. Tengo demasiadas cosas entre manos ahora mismo como para pensar en relaciones, y es mucho más fácil que solo deba preocuparme por mi madre. Meter las preocupaciones y necesidades de otra persona en el revoltijo no haría más que complicar las cosas.

Ocultando un suspiro, llego al otro lado de la puerta antes de que se cierre y entro en la residencia.

La mujer que está en el puesto de las enfermeras levanta la vista cuando me acerco. A estas alturas, ya nos conocemos bastante.

–¿Cómo se encuentra? –le pregunto.

–Come bien –me responde con tono brusco.

Espero, pero por lo visto esa es toda la información que me va a proporcionar.

–¿Qué me dice de su estado mental? –la aliento con educación porque no quiero insistir ni formular demasiadas preguntas.

–¿Alguna novedad de la nueva residencia?

La réplica de la enfermera me sirve como respuesta. Toda la planta sabe que estoy intentando meter a mi madre en la residencia privada Xin Guang, que está en la otra punta de la ciudad.

–Todavía no hay sitio. –Niego con la cabeza. A lo mejor pasa otro año sin que tengan habitaciones disponibles, que por lo menos me daría más tiempo para ahorrar. Las residencias privadas son caras.

La enfermera asiente con una empatía perfeccionada, un gesto con el que he acabado familiarizándome desde que mi madre entró en Glen Lake.

–Algo saldrá –me asegura–. Siempre termina saliendo algo.

Que algo saldrá no me cabe ninguna duda, pero eso significa que necesitaré el dinero para pagarlo, y eso significa que necesito trabajar, y eso significa que necesito enfrentarme a Todd y al infierno en que está convirtiendo mi vida. Al final firmo el libro de visitas y me dirijo hacia el pasillo.

Glen Lake es una residencia limpia y respetable que queda cerca de mi piso, y la gente que trabaja es muy amable. Lógicamente, sé que fui afortunada al encontrar una habitación para mi madre. No me siento afortunada. Solo siento odio. Odio la peste omnipresente a lejía y a sopa que penetra en las habitaciones, con independencia de lo que se haya servido para comer. Odio los colores, una mezcla descolorida de salmón y espuma de mar que seguro que alguien consideró una combinación relajante, pero que al final da la impresión de pertenecer a un cuarto de baño de los años setenta que necesita desesperadamente una reforma. Mientras sobrevuelo mi pozo de hostilidad, permite que te hable también de los cuadros anodinos con marcos plateados que cuelgan en las paredes. Son naturalezas muertas con bocas de dragón y paisajes o imágenes de animales muy cursis. De hecho, en la habitación de mi madre hay uno de un gatito blanco adorable sentado junto a un clavel rosa que veo cada vez que entro, y ¿sabes qué? También lo odio.

Pero, por encima de todo, odio la expresión perdida que veo en la cara de mi madre siempre que abro la puerta de su cuarto.

Me detengo y lo expulso todo de mi cabeza —el trabajo, Todd, el dinero, el abogado— y compongo una sonrisa agradable antes de abrir la puerta y ver a mi madre sentada en una silla de vinilo beis junto a la ventana, mirando hacia la nada mientras en la televisión suena una suave melodía de música clásica. Me la quedo mirando unos segundos y aprieto tanto la mandíbula que me empiezan a doler los dientes. Antes era una mujer que tejía, cosía y pintaba. Elaboraba su propio yogur y también pan. Hacía aeróbic cuando la gente, aunque cueste de creer, se ponía leotardos con cinturillas elásticas y calentadores a juego. Es muy doloroso verla tan inactiva.

Se gira hacia mí y la luz de la ventana oculta su expresión.

—*Ni hao?*

Ese saludo en mandarín significa que no está conmigo en el presente, sino en un pasado al que no puedo seguirla. Hago lo

imposible por seguir animada. Solo conozco unas cuantas palabras, pero me bastan para responderle:

–*Hen hao, ni ne?*

Mi madre lleva unos treinta años viviendo en Canadá, pero sigue hablando inglés con un poco de acento. Cuando yo era más joven, no me daba cuenta –era la voz de mi madre, ni más ni menos–, pero su forma de hablar, los altibajos de su tono, se ha vuelto más pronunciada en el último año. El doctor dice que son imaginaciones mías, pero creo que es porque a menudo regresa a China en sus pensamientos. La vida que tuvo en ese país es un misterio para mí. Casi nunca se refería a esos años y siempre quería concentrarse en el aquí y el ahora. Incluso se negaba a hablarme en chino mandarín en casa e insistía en que valía más encajar y aceptar el lugar en el que vivimos y no en el que vivíamos.

«El pasado está muerto –me solía decir cuando le preguntaba al respecto–. No se puede cambiar. Déjalo en tus recuerdos».

Me preparo para otra visita frustrante en que procuro fingir que entiendo lo que me dice, pero entonces mi madre pasa al inglés. Me he equivocado. Está teniendo un buen día.

–Te has cambiado el peinado –me dice.

Llevo la misma melena corta desde hace años, pero me toco el cabello como si fuera un nuevo estilo del que todavía no estoy muy segura.

–¿Te gusta?

Mi madre extiende una mano nudosa y me hace señas para que me acerque. Cuando estoy junto a ella, me acaricia la cabeza con un resoplido reprobador.

–Pareces un chico. ¿Para qué destacar así?

Destacar es una de las pesadillas de mi madre, probablemente porque se mudó a Canadá y tuvo que adaptarse al país. Su *modus operandi* siempre era elegir el camino más discreto. Ser demasiado diferente y no encajar con la gente te convierte en una marginada, y eso suscita atención negativa y su habitual acompañante, las críticas. Me lo ha repetido durante toda mi vida. En el instituto, fui una buena alumna de notable.

–Cuando era más joven, siempre llevaba el pelo largo –me dice–. Todas lo llevábamos así, y además era el estilo preferido de tu padre.

Aunque lleva una década muerto, oír hablar sobre mi padre sigue anegándome los ojos de lágrimas.

–Así fue como os conocisteis.

Por lo visto, había muy pocas mujeres con una melena negra y larga tan excepcional que mi padre se detuvo en seco al verla. «Y en ese momento me sonrió –decía él cuando contaba la historia–. No necesité nada más. Ya estaba colado por ella».

–Me pidió una cita, allí mismo, en Bloor Street –prosigue mi madre.

Cuando yo era más joven, en ese punto de la historia mi padre la interrumpía, con un falso enfado, para puntualizar que mi madre no le había contado que vivía a una hora de la ciudad. «De haberlo sabido, no me habría ofrecido a llevarla a casa en coche», bromeaba mientras le daba un abrazo de oso que siempre la hacía gritar y reír. No la he vuelto a oír reír así desde que él murió.

Me siento frágil y decido que el autocuidado implica no tener que estar allí escuchando la perfecta historia de amor de mis padres, digna de un cuento de hadas. Me encanta esa historia, de verdad, pero ahora mismo no puedo.

Me limito a cambiar de tema y a preguntarle qué ha comido –sándwiches de jamón– y cómo ha dormido –mejor ahora que tiene la bolsita que le traje la última vez–.

Al final, empieza a mirar por la ventana y sé por la cara que pone que se está alejando de mí, así que cojo la revista del corazón asiática de la mesita de centro. Se la traje hace un par de semanas, y en la cubierta aparece uno de los actores chinos de pelis de acción más famosos, Sam Yao, con un esmoquin, alardeando de su admirable estructura ósea y perfecta melena negra revuelta. Sus ojos llameantes me provocan con promesas de pasión y aventuras que jamás le ocurrirán a una persona tan normal y corriente como yo.

Deseosa de castigo, hojeo las páginas y llego al artículo banal en que asegura que le encanta viajar y trabajar –madre mía, paren las rotativas–. Leo el texto, y cada mención que hace a un lujo inimaginable o a la adoración del público me pincha como si fuera una espina, y al poco arrojo la revista sobre la mesita y me quedo sentada en silencio con mi madre hasta que llega el momento de irme.

FECHA: 14 DE JUNIO

TRES TAREAS AL DÍA:

IR A LA OFI (MIRAR TAREAS PENDIENTES)

HACER LA COLADA

IR AL GIMNASIO

FECHA:

TRES TAREAS AL DÍA:

Dos

El día siguiente es horrible. No. Es horroroso, espantoso, pavoroso y desastroso.

Madre mía, cuántas palabras negativas que terminan en *-oso*. ¿Por qué será? Es monstruoso y penoso.

Y hay más: más vale que ignores al asqueroso y aguantes en ese trabajo odioso porque necesitas el dinero. Dos por uno.

Todd me castiga por haber faltado ayer con la excusa de que estaba enferma haciendo añicos mi propuesta delante del resto de mi equipo, y luego le dice a Brent que tome las riendas y lo haga bien. Los otros tíos no parecen darse cuenta, pero Kathy, la ayudante de administración, me hace una mueca de pena.

Ignoro su mirada, pongo cara de póquer y finjo que no me molesta. Es mejor agachar la cabeza que protestar; la experiencia me dice que la consecuencia de recordarle a Todd que me asignó esa propuesta hace un par de días sería negativa. Para mí.

El día va avanzando lentamente y por fin me marcho a las siete después de que la oficina se haya vaciado. Según mi nueva lista de tareas pendientes –he regresado a la básica con papel y bolígrafo–, debería ir al gimnasio y hacer la colada que no hice ayer. Al final suelto el bolso, me pongo las zapatillas deportivas y empiezo una caminata sin rumbo por el barrio. El sol de verano todavía no se ha ocultado en el horizonte, así que decido que es bastante seguro ir por la zona de *running* que han construido junto a las vías del tren cerca de mi casa. Está lleno; esquivo a un niño que está aprendiendo a usar patines en línea y a un grupo de tíos que van en bicicleta con jerséis coloridos y pantalones cortos negros. Por lo visto, el Tour de Francia se ha desviado un poco hacia Toronto... Qué guay.

Intento relajarme, pero el caos tóxico de mi cerebro infiltra mi cuerpo y me quedo mirando fijamente a un hombre que pasa junto a mí con unos auriculares plateados enormes. Su cara me provoca tantas ganas de pegarle que tengo que apretar los puños y todo.

El abogado me dijo que debía conseguir pruebas del comportamiento de Todd, pero ¿cómo? Aunque pudiera ser más lista que él, no solo es el vicepresidente, sino que su padre juega al golf con el director de la empresa. Además, la empresa de inversiones Garnet Brothers no es la organización más feminista del mundo. Seguro que por una fotopolla dirían que «solo son cosas de hombres», y Todd es lo bastante inteligente como para no decir ni hacer nada que yo pueda señalar específicamente. ¿Se me acerca demasiado? ¿Me pone incómoda? He malinterpretado la situación, fin de la historia. El sueldo también es mejor que en cualquier otro empleo parecido, así que estoy atrapada. Entre pagar la habitación de mi madre y ahorrar para la residencia privada, ya me he gastado casi todo el dinero que había conseguido ahorrar.

Me detengo de pronto y hago que un corredor me suelte un «Eh» y me fulmine con la mirada por tener que esquivarme en el último momento. El paseo debería haberme tranquilizado —la naturaleza, el ejercicio—, pero siento ganas de gritar. Me iré a la cama. Unas buenas horas de sueño me librarán del picor que noto bajo la piel.

Para cuando llego a mi calle, casi estoy mareada por las preocupaciones que circulan en mi cerebro. Mi madre. El trabajo. Mi madre. El dinero. El trabajo. Todd.

Cuando me pregunto cómo sería caminar y caminar y seguir caminando eternamente, un brillante vehículo SUV negro se detiene muy cerca y me obliga a dar un salto a un lado. No es el tipo de coche que por lo general recorre mi calle, y supera al Lexus del dentista que vive cinco casas más abajo. Automáticamente doy tres pasos laterales para alejarme de la posibilidad de que me arrastren hasta el vehículo y me encuentro ya fuera de la acera y sobre la hierba, observando con recelo, cuando la puerta se abre.

—¿Grace Reed? —Un rostro que me resulta muy familiar se asoma, y me quedo boquiabierta.

Me resulta muy familiar porque, a excepción de sus mechones largos y brillantes —como si fuese un anuncio de champú o una Agatha Wu que va a caminar por Bloor Street de camino a su romántico destino—, esa mujer es mi doble. Tenemos la misma forma de cara con una barbilla puntiaguda y ojos oscuros grandes,

pero sé que los míos tienen ojeras por el cansancio y los suyos tan solo lucen un elegante maquillaje. Su piel parece tersa y lustrosa. Puede que la mía parezca tersa, pero de lustrosa no tiene nada.

–Hala –digo mirándola–. Tengo que preguntarte si eres una camarera del Danforth. La gente siempre me ha dicho que hay una doble mía trabajando en algún bar de ese barrio.

La mujer se me queda contemplando con absoluto asombro.

Sigo hablando porque mi boca se niega a cerrarse.

–Bah, pues claro que no lo eres. Si no, no irías por ahí con ese cochazo. Un momento. ¿Cómo sabes quién soy? –La sorpresa de haber visto a alguien que se parece tantísimo a mí había sustituido mi primera y más pertinente pregunta. Doy otro paso atrás.

–¿Eres Grace Reed? –insiste la mujer.

–Gracie –la corrijo antes de que me falle la voz. Me suena su cara porque me doy cuenta de repente: es Wei Fangli.

Wei Fangli, una estrella de cine china, está en mi barrio. Debería haberla reconocido, pero es que es tan sorprendente que esté aquí, hablándome en mi calle, que no he atado cabos y no la he identificado como una famosa.

«Un momento». ¿Wei Fangli está aquí y sabe cómo me llamo?

–¿Podrías subir al coche? –me pregunta mirando a un lado y a otro de la calle–. Quiero hablar contigo.

–No, creo que no. –Doy otro paso atrás hasta que las ramas de un pino me rozan la cabeza. ¿Qué hace Wei Fangli en un barrio residencial de Toronto? Miro alrededor y confirmo que no se trata de un *reality show* y que no hay cámaras que nos estén grabando.

–Por favor.

–¿Por qué no bajas tú? –le sugiero, porque tengo algo de curiosidad.

Se queda pensando en mi propuesta, y entonces una mano aparece y le toca el codo. La mano está pegada a un brazo con americana negra y conectada con un hombre que se inclina hacia delante.

Aun con las gafas de sol, es tan arrebatadoramente guapo que me provoca un cortocircuito en el cerebro. Es asiático, con el pelo negro azabache sobre la frente, nariz estrecha y una mandíbula con un ángulo tan afilado que se podría medir con un transportador. Aunque está sentado, es evidente que es un tío

esbelto de hombros anchos. Su belleza me deja literalmente sin palabras, y experimento un poco de miedo antes de que empiece el resentimiento. ¿Cómo se atreve a ser tan atractivo? Una persona tan guapa como él debería ir acompañada de una trompeta que suene para preparar a los seres normales y corrientes como yo de su llegada. A pesar de las sombras, me resulta superfamiliar también, pero ¿dónde habría podido conocer yo a un hombre como él? Solo en mis sueños.

Desaparece en el interior del coche antes de que pueda identificarlo, y los dos hablan en voz baja. Fangli al final baja una pierna al suelo, con una carísima sandalia de tacón alto en el pie que a lo mejor se rompe bajo su peso. Ese zapato seguro que vale lo que un mes de mi alquiler.

¿Cómo se me ha ocurrido pensar que era mi doble? Wei Fangli es perfecta. Se mueve como una bailarina y su postura es tan impecable que noto cómo levanto un poco la barbilla en respuesta e intento erguir la espalda.

—Como te he dicho, quiero hacerte una propuesta —dice junto a la puerta del coche—. Preferiría hablar en un entorno íntimo. Sube al coche, por favor. Solo serán unos minutos.

¿Por qué le hago caso? ¿Me han entrado ganas de morir o qué?

Quizá, pero ahora mismo también estoy muy harta de ser Gracie Reed y de hacer cosas anodinas propias de Gracie Reed. Lo que ocurra a continuación por lo menos será diferente y, después del día que he tenido hoy, es algo que deseo con todas mis fuerzas.

Cuando subo al coche, el interior me deja con el culo torcido. Dos filas de asientos de piel claros están frente a frente, separados por un estante con botellas de agua y un minibar. En el ambiente reina un aroma a Chanel N° 5, pero no sé si lo desprende Fangli o el mismo vehículo. A mi lado está el hombre y, cuando me siento, aprovecho para estudiar bien su rostro intentando no perder la compostura en el proceso. Se aparta para adentrarse en las sombras del coche como si quisiera alejarse de la conversación.

Este tío es de otro mundo y sus labios son... Buf. A pesar de la improbabilidad de toda la situación, estoy totalmente centrada en ellos. Son unos labios platónicos ideales y combinan con sus pómulos altos y sus cejas oscuras que forman un par de arcos per-

fectos. Y en este momento se quita las gafas. Unos ojos oscuros se arrugan en las comisuras y los labios forman un fruncido cuando me mira. Cuando pasa de sonarme a resultarme conocido, noto una sensación parecida a cuando la montaña rusa se precipita después de haber ascendido y ascendido.

Sam Yao, el Hombre Más Sexi del Mundo –oficialmente, designado así el año pasado por la revista *Celebrity*–, está sentado serio junto a mí.

Estoy en un coche con Wei Fangli y Sam Yao. Hasta yo sé, gracias a las revistas de mi madre y demás, que son la pareja de moda del cine chino. Y quieren algo de mí.

–¿Qué hago aquí? –pregunto. A lo mejor la situación debería darme miedo, pero en el hecho de estar sentada en este lujoso SUV hay algo que me anima a relajarme. Si me hubieran metido en una furgoneta blanca, me habría puesto mucho más nerviosa.

–¿Sabes quiénes somos? –dice Fangli.

–Sé a quiénes os parecéis –respondo.

–Soy Wei Fangli de verdad. –Habla con un inesperado acento norteamericano–. ¿Te gustaría ganar un poco de dinero?

–Ahí va. –Me recuesto en el respaldo del asiento–. Vale, eso sí que no me lo esperaba. Es un halago y estoy a favor de la prostitución, pero no es lo mío.

–¿Crees que queremos acostarnos contigo? –resopla Sam.

Es evidente que me está tomando el pelo, pero oírlo pronunciar «acostarnos contigo» basta para que mi imaginación se active a toda velocidad.

–¿No? –Cuando consigo hablar, ni siquiera sé cuál es la respuesta correcta. Mi angustia profesional ahora la ha sustituido un nuevo e inusual tormento: quedarme sin palabras y parecer imbécil delante de dos famosos.

¿Por qué ha querido Fangli que me subiera al coche?

Y entonces me enseña una foto con su móvil y comprendo la razón.

–Esta eres tú –dice. No es una pregunta.

La pantalla me muestra ocultándome detrás de un *muffin*.

–Puede –tercio con precaución. No sé a qué viene todo esto.

–Esta también.

En esa foto, aparezco mirando por encima del *muffin* y por debajo de la visera de mi gorra, como si estuviera buscando fantasmas, y no sirve de nada que lo niegue.

—Un tío me ha hecho muchas fotos.

—Lo sé. —Señala hacia el *copyright* de la imagen—. Creía que eras yo, y ahora en las redes sociales la gente cuestiona mi nueva dieta de avena. Por lo menos la gorra te tapa casi todo el pelo, así que no hace falta que me preocupe por tener que explicar el nuevo corte.

—Lo siento. —¿Por qué pido disculpas por mi propio pelo?—. O sea, iba a por un café. No le dije que yo era tú.

Espero que mi comentario la tranquilice y le dé a entender que no era mi intención hacerme pasar por ella.

—Claro que no —se ríe Fangli—. Se llama Mikey y está especializado en intentar conseguir fotos espontáneas pero vergonzosas. Los demás paparazis no lo respetan, pero gana muchísimo dinero con lo que hace y me ha dado una idea.

—Se trata de un tema confidencial —la interrumpe Sam— y, si se lo vendes a algún medio de comunicación, lo vas a lamentar.

—¿Es una escena improvisada? —Lo fulmino con la mirada, sin inmutarme—. ¿Te han dado el papel de villano malvadísimo?

—Piensa en lo rápido que te hemos encontrado.

Esté bueno o no, se está comportando como un capullo, y no me gusta. La Gracie a la que no le impresionan las superestrellas se echa hacia delante y le da un golpe de cadera a la Gracie encantadora para ponerse en su lugar. Lo miro con toda la rabia contenida que no he podido liberar en todo el día.

—Que te den, tío. No soy yo la que os está pidiendo un favor, por si no te habías dado cuenta.

Mi respuesta provoca una animada discusión entre Fangli y Sam. Yo no hablo mandarín, así que la pelea me resulta indescifrable, y tardo unos instantes en hacerme a la idea de la situación. Estoy en un vehículo de lujo con dos actores, una de los cuales se parece tantísimo a mí que me da escalofríos.

Ahora tengo que admitir una cosilla. ¿Sabes que siempre hay algún famoso al que niegas parecerte, roja como un tomate, pero que en secreto crees que algo sí te pareces, por lo menos después

de un par de copas si te miras en el espejo bajo la tenue luz del baño y con el pelo peinado de cierta forma?

De vez en cuando, alguien que vea películas chinas me comenta que tengo un aire a Wei Fangli, y en mis días superbuenos, en mis días espectaculares, desde unos ángulos concretos, creo que quizá un poco sí. Es agradable que la gente le dé la aprobación a una.

Fangli le suelta lo que debe de haber sido un golpe verbal devastador, porque Sam se reclina contra el respaldo, se cruza de brazos y, con gran melodrama, se pone a mirar por la ventanilla. La actriz se queda observándolo y luego se vuelve hacia mí.

–Sam es muy protector –me explica.

¿Qué tiene que ver eso conmigo? De repente, me despierta sospechas y examino el interior del coche. Quizá no se trate de un *reality show*, sino de algún nuevo programa humillante en que los famosos paran a imbéciles por la calle y les ofrecen cien pavos para que echen a correr en bolas o beban barro.

–Quiero que finjas ser yo durante dos meses. –Me sonrío como si fuera algo totalmente normal que pedirle a una desconocida.

–¿Que sea tú? ¿Quieres que actúe en una película?

Intento guardar la calma y recuerdo la emoción que me embargaba cuando interpretaba un papel en las obras de teatro del instituto. Pero ha pasado mucho tiempo y supongo que habrá diferencias significativas entre actuar en una versión escolar de *Las brujas de Salem* y actuar en una película de gran presupuesto.

–No, no –me asegura–. Estoy produciendo una obra de teatro y mi equipo insiste en que me deje ver por la ciudad, pero yo quiero concentrarme en el trabajo. Estoy demasiado cansada para hacer la publicidad adicional, así que quiero que seas mi doble para algunos eventos.

Cuando me la quedo mirando con más atención, la palidez de su piel no es solo obra del maquillaje, como había pensado. De cerca se la ve demacrada, casi turbada.

–No creo que nos parezcamos lo suficiente para eso –digo.

–Permíteme que disienta, sobre todo si te maquillas. –Agita el móvil en mi dirección–. Te recompensaré con creces por tu tiempo.

–¿Cuánto? –No voy a hacerlo, pero quiero saberlo. A mi lado, Sam masculla entre dientes, y yo hago como Fangli y lo ignoro.

–Sabemos que trabajas. Casi todos los eventos, aunque no todos, son por la noche o durante los fines de semana. Creo que unos cien mil sería lo justo. –Habla con voz tranquila.

–¿Estás de puta coña?

Sam exhala.

–Fangli no dice tacos.

–Yo no soy Fangli.

La mirada que le lanza ella le impide responder, y termina recomodándose en el asiento.

–¿Cómo es posible que sepas tantas cosas sobre mí? –Me giro hacia la actriz.

–Después de ver la foto, contraté a un detective privado.

Lo dice como si tal cosa, como si no hubiera otra forma de haberlo averiguado.

Me echo a reír. Un detective privado. Todo esto es demasiado.

–Creemos que es una cantidad de dinero justa por el encargo –añade.

Cien mil dólares significan que puedo aceptar una habitación en Xin Guang si cogen a mi madre. Significan que no tendré que preocuparme por poner a mi madre en una habitación compartida si no consigo pagar los recibos de Glen Lake. Es tentador, pero aunque estoy harta de mi vida actual, no me apetece que jueguen conmigo un par de estrellas ricas que consideran a la gente como yo juguetes a los que utilizar.

La voz de mi madre me susurra en la cabeza: «No hagas ninguna locura demasiado grande».

–No estoy segura.

Siempre es más fácil evitar dar un no definitivo.

–Por favor. –Frunce el ceño–. Ciento cincuenta mil.

Qué rápido ha subido.

–Me lo pensaré –le prometo. El rostro suplicante de Fangli y esa ingente cantidad de dinero son difíciles de ignorar.

–Gracias.

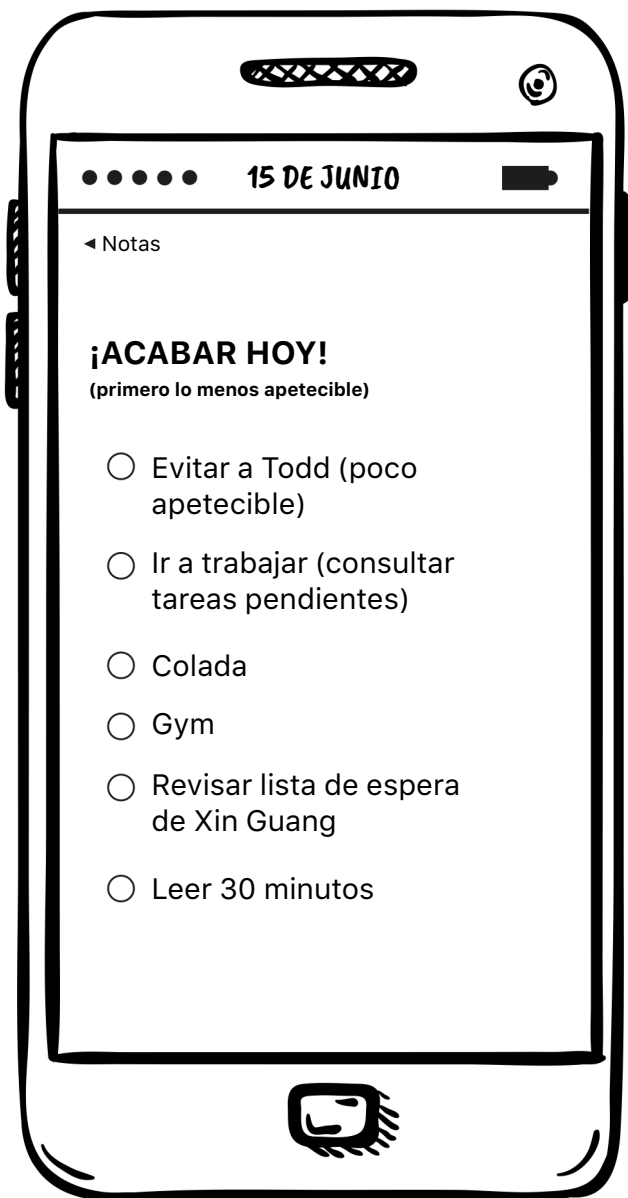
Me da una tarjeta.

Incapaz de encontrar una forma educada de rechazarla, la acepto.

–Me gustaría que me dijeras algo antes de que pasen dos días –me pide Fangli–. Es vital que empecemos ya mismo.

–Entiendo. –Es una respuesta lo bastante ambigua. No me apetece hacerlo. ¿O sí? No, claro que no. Puede que antes hubiese deseado una forma de huir, pero no esa. Quiero ganar dinero de forma honrada y tener una estrategia de huida razonable. Algo estable y seguro. Y eso no es lo uno ni lo otro.

Sam no dice nada cuando bajo del coche.



15 DE JUNIO

◀ Notas

¡ACABAR HOY!

(primero lo menos apetecible)

- Evitar a Todd (poco apetecible)
- Ir a trabajar (consultar tareas pendientes)
- Colada
- Gym
- Revisar lista de espera de Xin Guang
- Leer 30 minutos

Tres

Cuando a la mañana siguiente me despierto, lo primero que hago es mirar mi lista de tareas pendientes del trabajo. Contiene veinte elementos más de los que podré lograr, y dejo el móvil, desanimada aun antes de poner los pies en el suelo. Necesito una lista que me motive a hacer cosas en lugar de una que me haga pensar que nunca me pondré al día. Archivo esa idea en el dossier mental que llevo recopilando los dos últimos años, mi lista soñada para el organizador definitivo y escurridizo.

La tarjeta que hay junto a mi móvil reza WEI FANGLI en inglés y en chino, con un número de teléfono y ningún correo electrónico. Le doy la vuelta y presiono la piel contra el reborde. «Ciento cincuenta mil dólares». Es imposible que su oferta sea del todo sincera, porque ¿quién en su sano juicio iba a contratar a una doble, a una desconocida de la calle? Por curiosidad, busco en Google «fortuna de Wei Fangli».

Vaya. Pues sí que se lo podría permitir, sí.

Una imagen de Fangli acompaña al texto, y llevo el móvil hasta el espejo para ponerlo junto a mi cara. Nuestra estructura ósea es lo bastante parecida como para que pasásemos por hermanas. Bajo el móvil y busco en una de las carpetas de mi ordenador la foto de la cafetería, que encontré anoche al volver a casa. Con mi cara tapada en parte por el *muffin* y por mi gorra, veo el parecido con Fangli.

No quiero decir con eso que yo sea un bellezón. En el texto del artículo se lee lo siguiente: «Los rasgos únicos de Wei Fangli tienen poder más allá de la belleza típica», lo cual es una forma educada de decir: «Tiene un físico un tanto raro, pero le va bien así».

Igual que yo, aunque a mí mi cara nunca me va bien a no ser que sirva para que la gente se me quede mirando y me pregunte de dónde soy. O la pregunta que más me gusta a mí: qué soy. Cuando iba con mi padre, los ojos de la gente iban de su rostro al mío mientras intentaban adivinar de dónde procedían mis rasgos,

porque claramente no eran occidentales. Yo no me parecía a ellos y lo sabían, pero no les gustaba no saber por qué.

Es absurdo. A pesar de la cantidad de dinero, es imposible que consiguiese fingir ser una estrella durante dos meses. En primer lugar, no hablo mandarín y tampoco tengo la... confianza... que tiene Wei Fangli. Ella está acostumbrada a que la gente la mire, lleva años entrenándose para eso. Cuando entra en una habitación, no tropieza con la alfombra ni se pregunta qué hacer con las manos. Hay un programa entero dedicado a su forma de bajar escaleras que analiza cómo desciende flotando sin mirar por dónde pisa, y de tanto mientras con una bufanda por si acaso. No es que yo sea torpe, pero soy muy tímida y me quedaría paralizada. Ni siquiera he podido soportar que un solo paparazi me hiciera fotos. ¿Cómo sería encontrarse entre muchos de ellos?

Lanzo el móvil sobre la cama y me preparo para el día. Escojo mi habitual traje chaqueta negro recto, y lo acompaño con un grueso jersey de cuello alto, por lo que la americana me queda muy ajustada en los brazos. Es un conjunto demasiado caluroso para el mes de junio, pero en las oficinas siempre hace un frío que pela. Dejé de ponerme mi habitual pintalabios rojo, pero se supone que debo ir arreglada, así que me pongo un tono *nude* muy barato que compré en la droguería. Un toque de rímel. Nada más. No me molesto en abrir el armario donde guardo los perfumes, con todos esos frascos llenos de aromas florales y picantes. No me pongo perfume para ir al trabajo, ya no.

Un vistazo en el espejo me confirma que parezco un sofá tapizado. No me extraña que Sam Yao piense que es ridículo que me haga pasar por Fangli. Tiene razón.

Aunque me marcho temprano, un retraso en el metro me hace llegar tres minutos tarde. Brent levanta la muñeca para mirar el reloj cuando entro para dejarme claro que se ha dado cuenta. No lo miro a los ojos, pero la situación se suma al nudo que tengo en las entrañas cuando enciendo el ordenador. El único ruido que se oye en las oficinas es el repiqueteo de los teclados, y, cómo no, Brent escribe a toda prisa pero fatal, así que cada pocos segundos oigo la tecla de borrar. Tap, tap, tap, tap, tap. Clic. Clic, clic. Tap, tap, tap.

Garnet Brothers es una empresa de inversiones, y el departamento de *marketing*, donde trabajo como coordinadora de proyectos, está por lo general bastante ocupado buscando nuevas formas de recordar a la gente con sutileza que solo los idiotas gestionan su propio dinero. Es una empresa aburrida pero bien asentada, que es la razón por la que acepté este trabajo en lugar de uno más emocionante y arriesgado en una *start-up* tecnológica. La primera hora de cada mañana la invierto respondiendo correos electrónicos con los que no quería lidiar en el móvil, y otra media me la ocupan los problemas de otra gente que me han redirigido a mí para que los solucione. La mayoría es rutinaria, pero hay dos o tres lo bastante complicados que me obligarán a hablar con Todd antes de responder. Decido recurrir a preguntárselo por correo en lugar de concertar una reunión con él. Es un regalo que me hago a mí misma.

–Gracie. –La voz suave de Todd llena las paredes de mi cubículo. Cuando me giro, está demasiado cerca de mí y sus ojos azules brillan con una luz gélida. Ven a mi despacho. Ahora mismo.

Se marcha y da por hecho que lo seguiré. Lo sigo, y noto la mirada de Brent clavada en mi espalda mientras fantaseo con darme la vuelta y hacerle una peineta. Todd espera hasta que entro en su despacho y luego cierra la puerta. Me maldigo por haberme dejado el móvil en mi mesa.

–Para ser tú, te veo un poco desaliñada –me comenta–. Me gustabas más con el vestido negro y el pintalabios rojo que solías ponerte. Era brutal.

–Ah, gracias.

Mi propia respuesta me pone enferma. Soy una mujer adulta e independiente. Debería enviarlo a cierto sitio, pero no puedo. Es que... no puedo. Necesitar ese trabajo es una soga que me rodea el cuello, un bozal en la boca.

–Serías una chica bastante guapa si sonrieras más –dice mientras se sienta en el extremo de la mesa y se ajusta el cinturón–. Creo que podríamos pasárnoslo bien.

Pienso en Sam y encuentro un ápice de la valentía que tuve ayer por la noche.

–No lo creo. –Mi voz suena como si me la hubiera tragado.

–¿Ah, no? –me responde con aspereza.

Niego con la cabeza.

–Pues es una pena. Gracie, hoy mismo vamos a rescindir tu contrato.

–¿Cómo?

–Ayer llamaste para decir que estabas enferma. –Golpea la mesa con una hoja impresa–. ¿A ti te parece esta una chica que está enferma?

Es la misma foto que Fangli me enseñó. Intento armarme de valor porque no puedo perder el trabajo.

–Esa es Wei Fangli. Eso pone en la imagen.

–¿Cómo es posible que Wei Fangli tenga el bolso que ahora mismo está junto a tu mesa? –me pregunta. Es como escuchar hablar a una serpiente–. Incluso con esa gorra sé que se trata de Gracie Reed. Admítelo y no seré muy duro contigo.

Se relame los labios de nuevo, y, aunque se me hace un nudo tan fuerte en las entrañas que debo evitar doblarme sobre mí misma, hablo con voz firme y miro a un punto entre sus ojos.

–No soy yo.

–En Recursos Humanos están de acuerdo en que ya no eres necesaria en este departamento –dice–. Es el último clavo de tu tumba. A no ser que quieras repensártelo, claro. –Baja los ojos, y un escalofrío me recorre la piel.

Sé a qué se refiere. No lo dice en voz alta porque es demasiado listo como para darme munición, pero la insinuación es evidente. También lo es el hecho de que, si intento desafiarlo con esto, me dirán que no sea tan creída. Cuando esa idea se asienta en mi cabeza, me cae como una jarra de agua fría, y lo que sea que ve Todd en mi cara lo lleva a endurecer la expresión. Desliza un papel hacia mí.

–Tu acuerdo de rescisión de contrato. Fírmalo antes del viernes. Los de seguridad te acompañarán hasta la puerta.

Y ya está. Se sienta detrás de su mesa y me ignora. Estoy demasiado sorprendida como para reaccionar, y, cuando la puerta se abre y entran dos guardias de seguridad, no puedo sino seguirlos. Por suerte, la mayoría de mis compañeros de trabajo están en reuniones y no veo a nadie más que a Brent, que sonrío de oreja a oreja a los guardias que me flanquean, y a Kathy, la ayudante

de administración, que me entrega el bolso y dice que me avisará con el día y la hora en que podré ir a recoger mis cosas. No me mira a la cara.

Cuando salgo del edificio, estoy sin empleo. Me suena el móvil para recordarme una reunión que tenía dentro de quince minutos, y al borrarla releo mi lista de tareas pendientes del trabajo.

También la borro.

Y me voy a casa.

¿16 DE JUNIO? ¿17?
BAH

LISTA DE TAREAS

PENDIENTES

A LA MIERDA.